Lección IV

Trompetas, Sangre, Nube y Fuego

"Limpiaos de la vieja levadura", manda la Escritura
Y dice la razón: "Para que seáis, una nueva masa";
Cristo Jesús es para cada cristiano, la Pascua, que perdura…
Fue sacrificada por nosotros y en poder, a todas sobrepasa.

Dios le ordenó a su pueblo, que sacrificara un cordero,
La noche antes, de la salida de Egipto, del país esclavizador;
Debían pues marcar con sangre, los postes y dintel primero,
Para salvar a sus hijos primogénitos, de la obra del ángel destructor.

Jesús en el Nuevo Testamento, instituyó la Santa Cena del Señor,
Cuando estuvo con sus discípulos, en aquella última ocasión;
Presentó el pan, como su mismo cuerpo, que padecería dolor,
Y su sangre como parte del Nuevo Pacto, que traería salvación.

La Pascua o "Passover" significaba, la libración de la esclavitud,
Significaba que Dios, sería desde ese momento, su único dueño;
Era una señal, de que libres, vivirían bajo santa virtud,
Y que como pueblo de Dios, vivirían felices, su anhelado sueño.

Los israelitas debían recordar, su noche de liberación,
La salvación con poder, que Dios había realizado a su favor;
Debían celebrar la Pascua fielmente, sin olvido o dilación,
Y aun el extranjero, no podía dejar de recordar, este acto salvador.

Cristo Jesús sería de Dios, el Cordero Inmolado,
Era el puente de transición, entre dos sistemas;
Cristo era la Ofrenda Perfecta, por el pecado,
Y terminaría con los ritos, sacrificios y emblemas.

Cada sacrificio anunció su muerte, en expiación,
Cuatro mil años de símbolos y figuras, ya no existía;
La Santa Cena, sería la que recordaría su crucifixión.
Ya no habría Pascua, la Cena del Señor la sustituiría.

La Pascua era simbólica y además, conmemorativa,
Señalaba la liberación de Israel, y también la nuestra;
Señalaba una liberación mayor, una más efectiva,
La que terminaría con el pecado, la que la cruz nos muestra.

La cena Pascual prefiguraba una liberación mayor,
La gran expiación, que Cristo realizaría por el Remanente;
Un acto para redimir, por la sangre inocente del Señor…
Para traer reconciliación y sacar el pecado, de la mente.

El servicio de comunión, es un recordativo de la salvación,
De que es Cristo, nuestro Único y Aoante Salvador;
Es un momento, para recordar su maravillosa expiación,
Y para poner en nuestra "puertas", su poder liberador.

No solamente debía morir, el emblemático cordero,
Debía rociarse su sangre, en los postes y los dinteles;
Así como deben aplicarse hoy, los meritos del Cordero verdadero,
En los cristianos que aceptan vivir piamente, y siendo fieles.

En Cristo Jesús, el tipo, con el antitipo, se encontraron,
Y una mayor liberación, la del pecado, se hizo realidad,
En Cristo, la humanidad y la Divinidad, se reconciliaron,
Y por su obra salvadora, nos ofrece la vida eterna, como heredad.

Dos millones de personas, fueron los oculares testigos,
De que en un desierto árido y peligroso, Dios, con ellos estaba;
No se apartó la Nube y el Fuego, de su pueblo, sus amigos,
No les faltó conducción, la Presencia de Dios los confortaba.

La Nube y el Fuego, eran señales visibles,
De que la Presencia estaba con ellos cual divino manto;
Las trompetas serían señales, poderosas y audibles…
De que Dios se escucha también, entre su pueblo santo.

La Presencia de Dios, fue su diaria bienaventuranza,
De día y de noche, el campamento, cubría por cierto;
Tenían una señal visible, que les daba suma confianza,
Para que fueran fieles, en el peregrinar por el desierto.

Para comunicarse con su pueblo, tenía Dios, dos tipos de trompetas,
El ***Shofar;*** *y la larga de plata, que al extremo estaba ensanchada;*
Solamente los sacerdotes las podían tocar, para cumplir sus metas,
El comunicar al pueblo, su divino mandato, la voluntad señalada.

Al tocarlas en la guerra, era una señal inequívoca,
De que Dios les recordaba, y tendría, de ellos cuidado;
De que sería salvado de sus enemigos, si a su Dios invoca,
Si eran obedientes y fieles, si se mantenían a su lado.

Hoy no tenemos trompetas, ni Nube, ni del Fuego la luz,
Para que nos recuerden la conducción de Dios, en nuestra vida;
Pero tenemos, la revelación del Nuevo Testamento de Jesús,
La seguridad de su Amor, y la esperanza, en su Segunda Venida.

Ya no necesitamos de figuras, de símbolos o de sombra,
Ya tenemos la realidad, ya tenemos a Jesucristo;
Ya conocemos el Amor, que a la humanidad asombra,
Ya tenemos al Espíritu Santo, por el Padre provisto.

Los hombres pueden ser en ocasiones, buena compañía,
Pedro, Santiago y Juan, eran de Cristo, sus más cercanos;
Cuando más necesitó de Pedro, éste plácidamente dormía,
Y tres veces cuando acudió a ellos, no le extendieron sus manos.

La humanidad de Moisés, se vio claramente retratada,
Cuando le pidió a Hobab, que por el desierto los acompañara;
Con ruegos no lo dejó ir, ya que conocía, la tierra que no era habitada,
Y deseaba que como experto por el desierto, con seguridad los guiara.

¿Qué más experto que Dios, que hizo los cielos y la tierra?
¿Qué mejor guía que la Nube y la Columna de Fuego?
¿Por qué el hombre, el temor de su pecho no destierra?
¿Por qué no depender de Dios y de la vida de oración y ruego?

En Moisés y Elías, encontró Jesús verdadera fortaleza,
Ya que fueron en la tierra hombres, que sufrieron tormento;
Habían superado con fe, el dolor y la tristeza…
Y podían simpatizar con Jesús, en ese duro momento.

El pueblo de Dios, era un pueblo muy organizado,
Tres ejércitos seguían la nube y el arca., que los presidían,
*Los levitas llevaban el **Santuario**, con temor era cargado,*
Y otros tres ejércitos de Israel, con reverencia, lo seguían.

Los coatitas, llevaban en sus hombros, los muebles sagrados,
Y otros seis ejércitos, la retaguardia del pueblo defendía;
Todo era parte de un orden divino, para ser reguardados,
Y con su Presencia Dios, con su sombra, los protegía.

Como no eran un pueblo gurrero, Dios los protegió,
Y los llevó en vez de por la costa, por el desierto;
El progreso era lento y escabroso, pero el pueblo a Dios siguió,
Y cuando paraba la Nube, ellos paraban de cierto.

Dios no uso su poder, para que fuera fácil su existir,
No era el Plan Divino, que no pasaran por pruebas;
Los obstáculos eran para fortalecer su fe, para sobrevivir,
Y para aprender a depender de Dios, que hace las cosas nuevas.

No te preocupe hermano, por el día de mañana,
Porque le servimos a un Dios, que conoce nuestro sacrificio;
Nuestro mañana está en las manos de Aquel, de quien la gracia emana,
Y la tarea nuestra es depender de su poder, de su Benefactor Juicio.

¡Vamos rumbo al hogar, a nuestro hogar celestial!,
Y no hay nada que impida, que con Dios, avancemos;
Toda confianza propia, debe ser desechada de manera espiritual,
Y confiar en Dios, y a él, nuestra faltas y pecados, confesemos.

La iglesia es hoy, nuestro organizado campamento,
Y nos estamos preparando en ella, para la segunda venida;
Y nos ha dado Dios, para santificación, su santo mandamiento,
Para santificar y purificar, para alcanzar la herencia prometida.

Como los israelitas de antaño, no nos preocupa lo que ha de suceder,
Solamente confiamos con fe, en que es Dios, el que nos guía;
Grandes milagros sabemos, que en nuestro caminar se han de ver,
Y veremos cumplidas las promesas, al final, en la parusía.

Hermanos, dejemos de acongojarnos por nuestro futuro,
Confiemos en Dios, como lo hace un niño, por el padre que tiene delante;
Desaparecerán así las diarias dificultades, y el tormento duro,
Y nuestra voluntad será absorbida, por la voluntad del Dios Amante.

Hiram Rivera Méndez
9 de octubre de 2009
Toa Alta, Puerto Rico